

"El que entra con miedo en la hoguera, ese va quemado antes de pasarla", me decía un "pasador" en San Pedro Manrique poco antes de que comenzara la ceremonia del paso del fuego. Estuvo la noche de San Juan en este pueblo que se encuentra a unos cincuenta kilómetros de Soria y al que se llega tomando una desviación, después de pasar el puerto de Oncala, en la carretera que va de Soria a Yanguas, Arnedo y Calahorra. Hacia las ocho de la tarde, cuando llegué a San Pedro Manrique, subí a la ermita de la Virgen de la Peña, situada en el cerro que domina el pueblo, en cuya explanada se ha construido un graderío desde el que el público contempla la ceremonia. Por la noche se pudo comprobar lo dramáticamente insuficiente que resulta hoy este anfiteatro para una fiesta que ha sido ampliamente difundida en televisión y otros medios y que atrae cada año mayor número de visitantes. Como tendré ocasión de contar más adelante, las aperturas y atropellos que se registraron en la ermita de la Peña la otra noche produjeron escenas tan "ancestrales" y "raciales" como la fiesta que las motivaba. Una fiesta respecto a cuyo origen no parecen estar de acuerdo los antropólogos, pues mientras unos dicen que se trata de una ceremonia celtibérica, otros creen que es romana, sin que falten los que relacionan con la costumbre medieval de hacer pasar descalzo a un reo sobre las brasas en los juicios de Dios, e incluso los que afirman que su origen es más moderno. Parece ser que en territorio europeo no existe hoy ninguna ceremonia semejante, con excepción de la que se celebra en alguna localidad de Bulgaria, en que los llamados "nistinarios" tienen el privilegio hereditario de danzar y correr sobre el fuego en determinados días del año. La fiesta del solsticio de verano de San Pedro Manrique, por otra parte, no termina con la ceremonia del paso del fuego. El día de San Juan sale la procesión de las Móndeidas, tres muchachas del pueblo ataviadas con bellos vestidos y tocadas con un complicado "arbujeo" que representan, según se dice, la leyenda del tributo de las cien doncellas. El alcalde y los concejales, con capa y bicornio, recorren a caballo lo que se supone debió ser el recinto amurallado de la villa y, recogiendo a las móndeidas a la puerta del Ayuntamiento, desfilan procesionalmente para celebrar la victoria de los cristianos sobre los moros, que es el acontecimiento que da origen a la fiesta. Pero como ésta existen muchas otras fiestas en Castilla y lo exclusivo de San Pedro Manrique es el primitivo rito del fuego.

Decía que cuando en la tarde del sábado subí a la ermita de la Peña, el alguacil y sus ayudantes estaban preparando ya la hoguera en el centro de la explanada. Según me dijeron, utilizaban para esto unos dos mil kilos de leña de roble, que después de arder desde las nueve a las doce de la noche, aproximadamente, permitirían preparar la "alfombra" de brasas sobre la que los "pasadores" sampedranos iban a ejercitar su tradicional ejercicio. Esta alfombra de fuego tiene unos tres metros de longitud por algo menos de uno de anchura, y un espesor de unos quince centímetros. La explicación de que los pasadores no se abrasen los pies al cruzarla se califica de sencilla desde el punto de vista científico. Al presionar con las plantas de los pies descalzos los tizones encendidos, se suspende momentáneamente la combustión por falta de oxígeno. El alguacil pone el máximo cuidado en vigilar que nadie arroje a la hoguera piedras o trozos de metal, que quemarían irremisiblemente a los pasadores. A pesar de todo, hace falta mucha presencia de ánimo y también mucha práctica para cruzar la alfombra,



EL PASO DEL FUEGO

y de hecho, algún forastero que ha querido probar suerte ha salido con quemaduras en los pies.

No falta en el pueblo gente que cree que es la especial protección de la Virgen de la Peña lo que libra a los sampedranos de las quemaduras. Unos muchachos me contaron que el cura del pueblo, don Carmelo, había hecho en su sermón de fiestas el razonamiento de que, siendo el rito del paso del fuego de origen celtibérico, se celebraba ya antes de que naciera la Virgen y, por tanto, nada tiene que ver con ella.

Ni que decir tiene que la hazaña que la noche de San Juan llevan a cabo los mozos sampedranos da lugar a manifestaciones de exaltación del machismo. Anoté los nombres de algunas de las "peñas" de jóvenes y hombres que recorren el pueblo en fiestas, "Peña Los Golfos", "Peña Los Cubas", "Peña Los Pijis", con pancartas llenas de inscripciones y símbolos alusivos. De todos modos, el paso del fuego no parece ser cosa exclusiva de hombres, y es frecuente que atraviesen la hoguera mujeres o muchachas, aunque este año no pasó ninguna. Lo que más me gustó de toda la fiesta de la noche de San Juan fueron los comentarios preparatorios con que la gente del pueblo se disponía a asistir a su celebración. "Yo creo que este año hay más leña que el año pasado". "Ya lo creo, al menos han traído dos camiones". "¿Y quién va a pasar? ¿Pasará el Santi?". "Yo creo que este año la Blasi no pasa". "A lo mejor, Irene, la Patata". "No, el Pipe, no. Como está operado de almorranas...". Se hacían cábalas sobre quiénes iban a ser los pasadores de una alfombra de fuego que a no dudarlo sería mucho más ardiente que las de los años pasados, sobre el público que iba a acudir a presenciar la fiesta, sobre la calidad de la orquesta con vocalista que "amenazaría" los bailes, sobre la gracia y bien decir de las móndeidas al recitar las "cuartetas" o romances. San Pedro Manrique vivía su fiesta, poniendo en ello una pasión en la que parecía haber algo de instinto de defensa de un pueblo condenado a desaparecer. La región de San Pedro Manrique-Yanguas no es en absoluto pobre, aun cuando el viajero pudiera impresionarse por el aspecto adusto y yermo de aquellas calvas sierras. Allí tuvo su origen la raza merina de ganado lanar que hizo la grandeza de la Mesta y que llegó a desarrollarse prósperamente en Australia. El puerto de Oncala sirve de divisoria racial de la población ovina de Soria y el viajero puede observar cómo las "churras" de la vertiente meridional se convierten en "merinas" apenas se pasa el alto. En invierno, la región es desolada. Las ovejas están en Andalucía o Extremadura, buscando los pastos de la trashumancia, mientras pasan en estas sierras el período de mayo a noviembre. La región no es pobre, no

tendría por qué serlo con la adecuada explotación de sus recursos tradicionales. Pero está abandonada, mejor dicho, olvidada. Digo esto en el sentido literal, porque a las autoridades se les ha olvidado sencillamente cumplir una promesa hecha a los habitantes de la zona cuando, hace ahora dos años, el ministro de Agricultura estuvo en estas sierras para anunciar la creación del Plan de Alta Montaña, en el que había intención de invertir unos tres mil quinientos millones de pesetas. Según el plan ministerial, en la región iban a vivir ocho mil habitantes (en lugar de los tres mil de ahora) "con un nivel de vida del año 2000". Al paso que marchan las cosas se corre el peligro de llegar al año 2000 sin que se haya hecho, y a causa de la despoblación no se pueda hacer ya nada. Lo único que ha hecho el Icona ha sido adquirir términos municipales enteros de varios de los pueblos que tienen a San Pedro Manrique por capital y centro. Ocho núcleos han desaparecido ya: Acrijos, Becarijos, Armejún, Buimanco, etcétera. San Pedro Manrique ha experimentado una pérdida de población del 50 por 100. En el conjunto de la zona, la pérdida ha sido del 75 por 100. El Plan original preveía la repoblación forestal de parte de la región al mismo tiempo que la intensificación y desarrollo racional de la explotación ganadera. Hasta ahora no se ha empezado a poner en práctica y se corre el peligro de que se haga a medias y se recurra al cómodo expediente de plantar pinos en una región que tiene desde antiguo un formidable potencial ganadero.

Pero volvamos a la fiesta, que está ya al rojo vivo, y nunca mejor dicho. Los graderíos se llenaron pronto, y la gente empezó a invadir el espacio acotado que se había reservado originalmente para los periodistas y cámaras de televisión, y en el que se habían colocado dos filas de sillas para que pudieran sentarse las autoridades. La Guardia Civil hacia desesperados esfuerzos por tener a raya la avalancha de gente que reclamaba el derecho de aproximarse para ver el paso del fuego. En éstas llegó el gobernador civil de la provincia con otras autoridades y, como suele decirse, representaciones. Para cuando el señor gobernador quiso acomodarse en la silla tapizada de escay que se le había preparado, la confusión era tremenda, había empujones y atropellos, escuchándose gritos y clamores, algunos de los cuales no parecían precisamente sugerir la "popularidad" de las autoridades en esta abandonada y olvidada región. Andaban pesarosos los guardia civiles. Un número dijo a mi lado: "Que nos pase a nosotros esto, y en presencia de la primera autoridad de la provincia...". Por lo que a mi respecta, tuve la suerte de ser empujado hasta la proximidad de la hoguera y pude ver el famoso paso del fuego a través de los claros que dejaban los que se disponían a atravesarla. Un hombre a mi lado me iba ilustrando respecto a los nombres de los "pasadores". Este es Alejandro Ruiz, "el Taleguito"; este es "el Malote", "el Chismarís"; Paulino Espuelas, "El Cucán"; "El Caberero"; "El Animalito"; Cirilo García, el hijo de "El Ratón"; "El Gorrion"... No puedo decir cuántos hombres pasaron el fuego. Algunos cruzaban la alfombra y, al llegar al final, se volvían por el mismo camino. Pasó un chaval de dieciséis años que había tenido que engañar a su madre porque ésta no le dejaba. Pasó también un niño de doce. Su padre, un pasador famoso, se oponía al principio, pero la gente gritaba: "Déjale, déjale pasar". Cuando el niño llegó indemne al final de la alfombra, el padre le abrazó conmovido y el aplauso se mezcló con el griterío que todavía duraba. Y así fue la celebración de este rito bárbaro del paso del fuego en San Pedro Manrique. ■

LUIS CARANDELL.